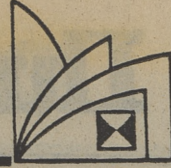




Iluminados y ConVersos



Coordina:
Eduardo G. RICO

Neruda, el gran innovador

Por una poesía sin pureza

Abogó en los años treinta en favor de una poesía más cercana a los hombres

NERUDA no es sólo el gran poeta chileno, el premio Nobel; es también el poeta que transformó y orientó a la poesía española cuando ésta se debatía entre los epigonismos del modernismo y la poesía pura. Neruda le quitó la joven clientela a Juan Ramón, la venidera generación de 1936, que asomó a las páginas de su revista «Caballo verde para la poesía». Junto a Aleixandre, Lorca, Cernuda, Alberti, Guillén, Prados, Moreno Villa o Altolaguirre da a conocer a Miguel Hernández, a Arturo Serrano Plaia, a Leopoldo Panero, entre otros. Y a todos los demás llegó la onda expansiva del terremoto poético, cuyo epicentro fue el manifiesto del número uno de «Caballo verde para la poesía», titulado «Sobre una poesía sin pureza». Contra el esteticismo de las ajadas flores modernistas, la pureza immaculada del arte, tan imposible para los tiempos que se avecinaban, propugnaba el poema que llamaríamos social a la altura de las circunstancias. Trastocará los códigos estéticos al uso: La inspiración no sólo está en la contemplación de la mujer, la montaña, el árbol, el pájaro, el jardín o el cielo; también en objetos vulgares. Neruda abogaba por una poesía más humana, cercana a la sucia realidad de cada día, comprometida y al alcance de los hombres. Una poesía de uso cotidiano y no una joya guardada en la torrecilla, cofre de marfil, de la minoría: «Así sea la poesía que buscamos, gastada como por un ácido por los deberes de la mano, penetrada por el sudor y el humo, oliente a orina y azucena, salpicada por las diversas profesiones que se ejercen dentro y fuera de la ley».

La joven poesía española vive una epidemia similar a los epígonos modernistas: exotismo, escapismo, neoculturalismo. Dandysmo trasnochado de Oscar Wilde, pasado y paseado por el café Gijón o por el Bocaccio; la Grecia no de Píndaro, Safo o Anacreonte, sino el sucedáneo de Kavafis, servido en traducción, con dos terrones de azúcar y un prólogo explicativo. Así, la poesía se clausura en sus capullos de seda. ¿Ignoran los jóvenes poetas que nunca serán la mariposa que añoran? ¿Han olvidado las lecciones de ciencias naturales? El vil gusano es quien teje la seda. Morirá antes de que vuele.

Esos jóvenes, de cuarenta años, y más, ¿por qué no dejarán sitio a los más jóvenes, los que están entre la Universidad y el paro, que escriben y no publican, que no tienen poder, ni valedores? Oigo la voz del triunfador, que luce en la pechera diplomas, premios y escarapelas: ¡Que se presenten al Adonais! Es una buena solución (de los años cincuenta).

Sería muy conveniente que alguien rompiera el cristal veneciano, el fanal de Murano, donde la poesía es como ese corazón de rubíes que diseñó Dalí, bello e inútil, rico e inhumano.

«Una poesía impura como un traje, como un cuerpo con manchas de nutrición, y actitudes vergonzosas, con arrugas, observaciones, sueños, vigiliadas, profecías, declaraciones de amor y de odio, bestias, sacudidos idilios, creencias políticas, negaciones, dudas, afirmaciones, impuestos», se decía en el manifiesto de «Caballo verde», en enumeración caótica, en el desorden de la inspiración. Si la vida es el caos, ¿cómo va a ser sólo la poesía una puesta de sol (una tarjetita postal) o el mar azul (clorado) de una piscina? Sabemos de grandes poetas que el pueblo aprendía sus poemas porque le interesaban, ¿los entendía, le conmovían? Y no hablo de Lope, ni de Zorrilla. Hablo de Bécquer o los Machado; de Rubén Darío o de Lorca, de León Felipe o de Alberti; y hasta de Juan Ramón Miguel Hernández, Leopoldo Panero, Blas de Otero...

Hay congresos de poetas en el Ateneo, presentaciones de libros, recitales, conferencias. El público se repite, es siempre el mismo: familiares, deudos, amigos, colegas, algunos críticos, poetas, escritores. Es la feria de la vida literaria. Mientras tanto, el pueblo permanece bien ajeno a la fiesta sin comprender nada.

Neruda es todavía un poeta de convocatoria. Si lo entiende la gente, si lo recita, ¿pierde por ello calidad? Esa es la gran excusa de los minoritarios, oscurantistas, artificiosos, estéticos, escapistas. O la nueva poesía española vuelve a conectar con sus raíces o todo será afeites, polvos de rosa, citas de moda, traducciones, sueños de una noche de verano. La poesía que no entiende el pueblo, que no recita o canta, en los libros se olvida.

A. SABUGO ABRIL

Homenaje a Neruda

CONTINUAMOS en este número el homenaje a Neruda en el décimo aniversario de su muerte. Figuran aquí el testimonio que Albertina Rosa Azócar he enviado al Banco Exterior, organizador de la exposición que se abrirá el viernes en Madrid y promotor del libro «Neruda joven», en edición facsímil, no venal; el artículo escrito para ese libro por Vicente Aleixandre, primer trabajo del poeta aparecido en mucho tiempo; una entrevista con Natacha Seseña, encargada de la muestra de los manuscritos nerudianos; la reproducción de varios de estos escritos; una nota del presidente del Banco, Fernández Ordóñez, y un artículo de nuestro colaborador Sabugo Abril sobre la dirección que siguió la poesía de Neruda en los años treinta.



Albertina fue el primer gran amor del poeta chileno



A mí me
dedicó
«Me gustas
cuando
callas...»

(Testimonio de Albertina
Rosa Azócar)

ES una antigua historia...

Yo tendría entonces diecinueve años. Pablo era un año más joven. Nos conocimos en el Instituto Pedagógico, que quedaba en Alameda con Cumming.

Yo vivía con mis padres en Lota y estudié interna los seis años de Humanidades y di mi bachillerato en Concepción porque en Lota no había liceo. Después, como mis hermanos estaban estudiando en el Pedagógico, mis padres me mandaron a Santiago.

Los dos estábamos matriculados en francés, éramos compañeros, aunque Pablo pertenecía a otro grupo.

El Instituto era un viejo edificio de dos plantas, con una sala de actos en la que celebrábamos reuniones los sábados. Había estudiantes que componían poesías. Pablo estaba entre ellos y recitaba con aquel tono suyo lento y grave:

*Farewell...
desde el fondo de ti, arrodillado,
un niño triste como yo nos mira...*

Yo solía remedarle, junto a unas compañeras de curso, cómo recitaba sus poemas y empleaba el mismo sonsonete que tenía Pablo.

No sé cómo, de repente, comenzamos a sentarnos en una de aquellas largas bancas de la clase, con otros poetas que también estudiaban allí,

como Romeo Murga, que murió muy joven y tenía lindas cosas; y Víctor Barberi, que era de Talca. Se formó un grupo muy interesante del que recuerdo también a Rojas Giménez, Tomás Lago, Richi, el «cadáver» Valdivia... De la pandilla de Pablo era Raimundo Echevarría, un eterno estudiante que vivía en el Pedagógico porque estuvo no sé cuántos años y nunca pasó del primero.

Así principiamos a conversar y a pasear juntos, después de las clases en el Pedagógico. Al volver a casa, a la pensión en que vivía con mi hermano Rubén, cerca de la calle República, Pablo me acompañaba. El creo que estaba también de pensión por el barrio.

A mí hermana no le gustaba porque mi familia era muy conservadora y los poetas tenían mala fama. Además, Pablo era muy delgado, taciturno, de cara macilenta. Iba muy abrigado con capa porque su padre era ferroviario y entonces les daban unas capas enormes, largas... Le recuerdo con aquella capa y sombrero, como a veces se dibujaba, de negro.

La verdad es que Pablo fue muy delicado de salud toda su vida. Pasaba resfriado, con gripe, con un romadizo que no se le quitaba nunca, siempre sonándose la nariz. Su madre murió de tuberculosis a poco de nacer él. Pero

de la India volvió cambiado y acá engordó, se hizo corpulento, terrible. Era algo más alto que yo.

Caminábamos por la Alameda; salíamos a andar y andar, no más. Nos sentábamos en alguna parte para conversar y fuimos algunas veces al cine, muy pocas, a un cine que estaba en la calle República, cerca de la casa.

Era tan joven, tan enamorado... No sé, a muchas chiquillas les gustaban los poetas. Cuando me escribía, por ejemplo, tenía acá dos, tres, cuatro amores...

Es verdad que en sus cartas se quejaba de que no le escribía, pero es que mi carácter es así. Yo le quería mucho, pero no soy de esas personas que se muestran apasionadas, ni ninguna de esas cosas. En realidad, le escribía poco porque toda esta historia de nuestra correspondencia, para mí, estuvo llena de dificultades. Yo tenía que sacar las cartas del correo a escondidas, porque en mi casa eran terribles para esto y me escondía también para escribirle y poner las cartas. Me controlaban todas las salidas, ni con amigas me dejaban salir.

Cuando estaba en Lota principió a escribirme y me ponía **Netocha Neruda**. Era el nombre que más me gustaba y lo empleó mucho. También me llamaba **Arabella**...

(Pasa a la página 3)

Iluminados y Conversos

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

El Bergamín joven

JOSE BERGAMIN
POESIA, I
SONETOS, RIMAS,
DEL OTOÑO Y LOS MIRLOS



TURNER

«Poesía I», de José Bergamín. Turner.

La editorial Turner, con la colaboración del Banco Exterior de España, se ha propuesto publicar las obras completas de José Bergamín en una serie de volúmenes. El primero está en la calle. Comprende la producción poética de Bergamín en su época inicial: «Sonetos», «Rimas» y «Del otoño y los mirlos». Se incluye en este volumen, que abre la marcha de los poemas completos, una colección de cuarenta sonetos rescatados por los promotores de la edición de diversas publicaciones de carácter minoritario; son, por tanto, poco menos que desconocidos. Suceden a los sonetos los poemas de los libros que aparecieron en la juventud del escritor, cuyos títulos hemos citado. Se trata de un Bergamín situado en la línea tradicional de la poesía española, con clara influencia del romanticismo.

Testimonio de un genocidio

«Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia», de Elisabeth Burgos.—Argos Vergara.

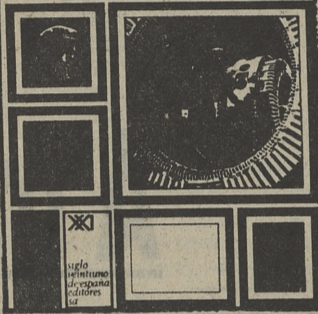


Rigoberta Menchú es la guatemalteca que le contó sus memorias a la autora. Una guatemalteca nada singular: su experiencia es la de la comunidad indígena y el genocidio que se abatió sobre ella. La suya es la historia de todo aquel que en un régimen de explotación debe optar entre la sumisión y la rebeldía. Rigoberta Menchú optó por el segundo de estos posibles caminos; se convirtió en catequista, no para predicar el sistema de ideas de la religión católica, sino para enseñar a sus hermanos de raza un comportamiento de dignidad y de insubordinación. Hizo de la religión un arma, y con ella combatió. Elisabeth Burgos, etnóloga, conoce a fondo las costumbres y los valores de la comunidad india guatemalteca, y en este contexto inserta su biografía, su toma de conciencia y su «compromiso».

El Este desconocido

Estratificación y movilidad social en los países socialistas

Janina Markiewicz-Lagneau



«Estratificación y movilidad social en los países socialistas», de Janina Markiewicz-Lagneau.—Siglo XXI Editores.

Desconocido, pero cada vez menos. Polacos, alemanes democráticos y húngaros han publicado en París, Londres y Roma los resultados de sus análisis o la exposición de su pensamiento filosófico. Agnes Heller, aparte de ofrecernos su interesante obra, nos ha descrito el panorama del desarrollo filosófico en su país. Haverman se ha detenido en la realidad del suyo. Acabamos de leer el libro de Janina Markiewicz, en excelente traducción del profesor Roberto Mesa, vicerrector de la Complutense. La Markiewicz es una polaca que vive en Francia desde 1964, casada con un sociólogo de París. El libro recoge su tesis sobre las relaciones entre el socialismo y el tema de la educación. Se trata de un trabajo serio, riguroso y científico sobre este y otros problemas sociológicos tal como se plantean en el Este socialista.

La prehistoria del cuerpo

«Roland Barthes», por Roland Barthes. Ed. Kairós

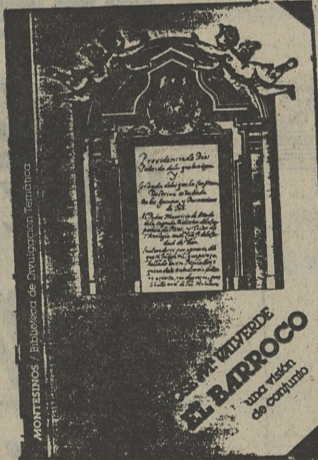
Roland Barthes por Roland Barthes



Aun cuando no es nuevo para nosotros este libro del ya desaparecido Roland Barthes, cuya versión castellana de Julieta Sucre se mantiene en las librerías, sigue manteniendo su vitalidad primera, por la originalidad de su planteamiento. El autor se vuelve sobre sí, sobre su historia (no me parezco nunca a mí mismo), y la comenta sobre una documentación gráfica de su infancia y un análisis literario sobre la escritura y otros temas. Según sus palabras «sólo se encontrarán aquí, mezcladas con la novela familiar, las figuraciones de una prehistoria del cuerpo, de ese cuerpo que se encamina hacia el trabajo, hacia el goce de la escritura». El tiempo del relato termina con la infancia, porque, según Barthes, no hay biografía más que de la vida improductiva. «En cuanto produzco, en cuanto escribo, es el texto el que desposesiona de mi duración narrativa.»

Un espectáculo de palabras

«El barroco», de José María Valverde, Ed. Montesinos



El profesor José María Valverde, al que debemos una obra poética de alta calidad, desarrollada desde 1945, por lo cual no sería adecuado incluirlo en el grupo de los años cincuenta; y autor también de ensayos como el ya lejano —pero útil y apreciadísimo en su tiempo— sobre César Vallejo, y el muy cercano sobre el pensamiento occidental, nos ofrece un agudo y original trabajo, dentro de la serie «Biblioteca de divulgación temática», sobre el barroco. Con rigor y amenidad, Valverde enfoca de un modo sintético, pero claro, desde los problemas del nombre hasta el barroco en el pensamiento abstracto, pasando por el barroco en la pintura, en la arquitectura, en la literatura —poesía, prosa y teatro—, y en la música. Valverde es catedrático de Estética en la Universidad de Barcelona.

Los misterios del pasado

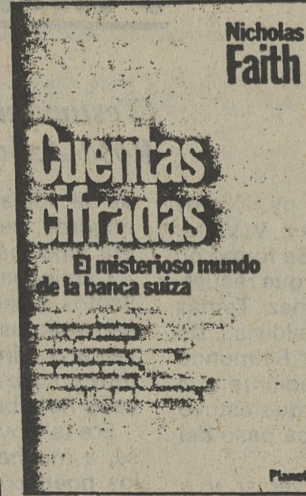
«Los últimos secretos del Valle de los Reyes», de John Romer. Ed. Planeta



De «singular aventura arqueológica» califican los editores este libro sobre el Valle de los Reyes, donde los antiguos egipcios enterraban a los faraones. Hasta el momento se han descubierto setenta y cinco tumbas, pero hay aún importantes espacios sin explorar. El libro comprende dos historias. Una se centra en las propias tumbas investigadas. En ellas fueron enterrados los reyes de tres dinastías, entre 1570 y 1085 antes de Cristo. Se relata en esta primera parte la tradición religiosa egipcia, su mitología y su cultura; los métodos para realizar los enterramientos y el significado de la estructura de las tumbas. En la segunda se nos cuenta la aventura arqueológica de los especialistas que desentrañaron esta zona del pasado.

El dinero exiliado

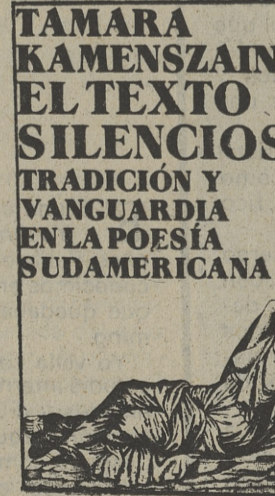
«Cuentas cifradas», El misterioso mundo de la banca suiza, Planeta. Autor: Nicholas Faith



Es un secreto a voces: desde hace siglos, sin duda por falta consciente de una legislación en contrario, muchos banqueros suizos albergan en sus arcas dinero de origen dudoso, cuando no claro resultado de estafas y fraudes. En cualquier caso, dinero que se exilia por miedo, por egoísmo, o bien como producto de operaciones ilícitas; dinero generalmente ingresado por gentes antipatriotas que no sienten ningún pudor cuando utilizan la palabra «patria» para sus propios fines. Los bancos tienen su coartada: «muchas de las víctimas merecieron sus pérdidas». Faith «penetra» en las cámaras acorazadas de estos bancos, descubre sus reglas y los procedimientos que se usan para acoger la fuga de fortunas. Una guía muy eficaz para conocer ciertos entresijos «non sanctos» del tiempo que vivimos.

Tradición y vanguardia

«El texto silencioso», de Tamara Kamenszain, Universidad Autónoma de Méjico



Tamara Kamenszain es una argentina de 1947 que estudió Filosofía en la Universidad Nacional de Buenos Aires y a la que se debe una importante producción poética y ensayística. El libro que hoy figura en nuestra sección se compone de estudios ya aparecidos en diversas publicaciones norte y latinoamericanas, desde «Eco», de Bogotá, a «Review», de Nueva York; pasando por «Hispanoamérica», de Maryland; «Vuelta», de Méjico; y «Dispositivo», de Michigan. Tamara analiza estructuralmente el texto tejido por «algunos escritores silenciosos» que trabajaron en las «provincias de la lengua» (Macedonio Fernández, Girondo, Ortiz, Lihn, Madariaga, etc.) y estudia el fenómeno de la conversión de la vanguardia en tradición en la literatura sudamericana.

Teatro, hoy y mañana

«Almagro», publicación-programa de los festivales de 1983. Dirección General de Música y Teatro.



En edición muy cuidada, la Dirección General de Música y Teatro ha publicado el programa del festival del Corral de Comedias de Almagro, que se desarrolla en la localidad manchega entre el 9 y el 25 de septiembre. No es un catálogo más: está enriquecido por colaboraciones del propio ministro, Javier Solana, y de escritores como María Zambrano, Pierre Macabré, Antonio Guirau, José Monleón, Alfonso Martínez Mena, etc. Solana anuncia un cambio cualitativo en el festival, cambio que experimentará a partir de ahora. «Por un lado —escribe— la plena integración y armonía de las representaciones teatrales con las Jornadas de Estudio, de forma que exista un equilibrio entre teoría y praxis». Por otro lado, la nueva configuración con la participación del Estado, la Comunidad Autónoma y el municipio.

El fetichismo de las cosas y las ideas

«Del fetichismo de la mercancía al fetichismo del capital», de Osvaldo Fernández, Ediciones LAR



El autor Osvaldo Fernández realiza una incursión en profundidad para desentrañar los secretos del «fetichismo de las cosas», «del fetichismo de las ideas» y «del discurso». Estudia a fondo las dos obras fundamentales de Carlos Marx en punto a estos problemas: «El capital» y los «Grundrisse». Se sirve de los trabajos sobre el particular de Balibar y Labica, de Lukacs, Della Volpe y otros autores marxistas. Analiza la presencia de la ideología y su funcionamiento en los citados libros clásicos y del doble proceso de reproducción. Se trata de una lectura sincrónica de la presencia de la ideología en la sociedad capitalista, «destinada a dejar en claro el sentido de la determinación social en el tiempo histórico de su modo de producción».

Iluminados y Conversos

Nuestras relaciones en Santiago duraron un año y medio, más o menos. Me habría casado con él, pero volví a Concepción para terminar los estudios, hacer mi memoria y trabajar en una escuela experimental al lado de la Universidad. Pablo terminó los cuatro años en el Pedagógico.

Entre tanto, caí enferma y me operaron de peritonitis en la Asistencia Pública, porque fue de urgencia, y allá me visitó Pablo. Después pasé al hospital. Publicó entonces «Crepusculario» y me lo llevó a la Asistencia, y un retrato suyo con la capa.

El seguía escribiéndome. Antes de irse me pidió que viniera porque era cuando iba a embarcar y todas esas cosas. También quería que fuera donde mi hermano, a Méjico, para que allá nos encontráramos. Pero yo no podía, en mi casa no me dejaban, mi padre era un hombre duro. Imposible salir —¿con qué pretexto?—, ni mucho menos viajar...

Estuve trabajando dos años, más o menos, en la Escuela Experimental de Concepción. Un día me llamó el director y me dijo que si quería ir a Bruselas para estudiar un sistema de enseñanza audiovisual que era una creación de un profesor belga apellidado Decroly. Lo acepté. Mis padres, como yo estaba trabajando y era un poco más independiente, me dejaron ir. Me fui en barco, que se demoraba como un mes, por el canal de Panamá. Allá me esperaba una amiga, también profesora de la Experimental. Estuvimos en París y después nos fuimos a Bruselas,



Albertina Azócar tiene hoy más de ochenta años. Vende flores en su tienda de Santiago de Chile

adonde yo iba a la escuela. Fueron seis meses en total, con ida y vuelta.

Pablo estaba en la India. No nos habíamos escrito. Entonces, desde París, le mandé un retrato mío, nada más que un retrato, porque yo sabía su dirección. Como la mía estaba detrás, él principió a escribirme todos los días. Las cartas las recibía tarde, mal y nunca. Me pedía que me fuera para allá, que cambiara mi pasaje de Europa a Santiago por el de Europa a la India. Creo que en ese tiempo estaba ya en Java. Pero yo tenía el compromiso con la Universidad que me estaba pagando; tenía mi pasaje para volver, qué sé yo. Como yo estaba así educada no me atreví, simplemente...

Cuando volví a Concepción seguí en las clases aplicando el sistema Decroly del curso que me habían dado en Bruselas. Un día me llamó el director, un tipo moralista pero completamente distinto de lo que predicaba. Había abierto y leído la última carta de Pablo en la que me decía que no me fui con él, qué sé yo... Principió a llamarme la atención. Le dije que cómo se había permitido abrir la carta, que no podía soportar aquello, que era una falta terrible. Me retiré de la Universidad.

No me acuerdo cómo reaccionaron en mi casa. Les dije que en Santiago una amiga mía tenía una escuela Montessori y que allá podía trabajar. Volví a Santiago, a la casa de mi hermano Rubén, que ya estaba casado.

Cuando me vine y lo supo él —yo le mandé decir que me venía— entonces trató de... Estaba tan solo allá, desesperado, porque era una vida terrible la que allá tenía...

En Java conoció a la Maruca, la Maruca Hagenaar, javanesa, holandesa de origen. Era una mujer enorme de alta, más alta que él, una persona que no coincidía en absoluto con Pablo respecto a su condición de escritor. No podía tolerar a los amigos que tenía y que iban a verlo cuando llegó con ella.

Como Rubén era escritor, iban muchos escritores a su casa y ahí conocí a Angel. Era diez años mayor que yo, un solterón, una persona muy fina, muy tranquila... No tenía nada de la bohemia de Pablo.

Pablo y Rubén se habían hecho muy amigos, porque Pablo lo quería mu-

cho. Cuando murió mi hermano le publicó un poema muy hermoso, igual que cuando murió Rojas Giménez.

De los que a mí me dedicó, el que más se ha popularizado es el poema decimoquinto, el **Poema del silencio**: «Me gustas cuando callas porque estás como ausente...» Y hay varios que les han puesto música. En **Residencia en la tierra** tiene otro que está en un pergamino y que se llama **Lamento lento**, porque ahí me hizo varios, pero no me acuerdo de cuáles son porque cuando publicó esos, ya nosotros...

La historia, después, de las cartas es otra. Vivíamos mi marido y yo en La Reina, en una parcela donde construimos una casita. Entonces tenía ahí todas mis cosas y Angel tenía su biblioteca. Cuando él murió yo no podía seguir ahí porque me quedé con una pequeña cosa del Montepío y había que gastar en la parcela, ararla, cuidar de los árboles frutales y no tenía objeto dejarla abandonada.

Entonces me vine a Santiago y arrendé lo de arriba. En el departamento no cabían las cosas. Estaban los libros amontonados en una pieza, terrible... Buscando entre los libros, de repente, apareció una caja donde yo tenía guardadas las cartas desde... toda la vida. Nunca nadie las había visto. Ni en mi casa, porque yo tenía un velador donde las metía cuando me llegaban, con llave. Si entonces me hubieran visto una carta...

Y ahí estaban, casi rompiéndose por el tiempo. Sí, ¿cuánto tiempo? Sesenta años, sesenta años...

Albertina Rosa Azócar
Santiago de Chile, febrero de 1983

Del libro, aún inédito, «Neruda, joven»

He conocido en Buenos Aires a un poeta chileno estupendo: Pablo Neruda. Vendrá de consúl a Madrid en octubre. Ya verás. Estoy seguro de que seréis amigos.» Era en Velintonia, y lo decía Federico García Lorca, a su regreso de la Argentina, abril de 1934.

Unos meses después, al teléfono, la voz oscura y brillante: «Pablo Neruda ya está en Madrid. Hoy aquí a mi lado. Si quieres, vamos ahora mismo a tu casa.»

Entraron los dos: Pablo, Federico, visto y renovado siempre. Pablo, al extremo de la ciudad, por primera vez en la luz azul de nuestro Guadarrama. No abrazamos. Sonrió lentamente. Era alto, corpulento y aquella lentitud tenía algo de profundo y confiado. Desde sus ojos levemente abultados, su mirada otorgaba una luz que parecía tentar y reconocer. ¡Cuánta posibilidad humana se adivinaba en aquella mirada apaciguadora! Recuerdo su rostro alargado, la tez mate y la tranquilidad de una frase que se diría gestar el conocimiento. Arriba, en final, un pelo liso, cansado, que, si no era en longitud, en color y finura me traía la memoria de algunos imposibles indios de sus remotísimos Andes. ¡Cuánta afable nobleza en su cercanía, aquella tarde primera de la amistad! ¡Cuánta delicadeza en la entrega de un libro, el anterior a su «Residencia», que traía, sin duda, de Chile para sus nuevos amigos! «¡Puras y alegres tardes del pasado!», dijo otro poeta. Yo dudoso de salud; él, generosamente, muchas veces volvió por Velintonia. Unas con Federico, otras con Miguel Hernández, las más con Delia del Carril. Pronto nos unió una clara amistad, y sus visitas llegaron a hacerse periódicas como un latido sin fallo de cordialidad. Veo abrirse aquella puerta y entrar los dos, Pablo y Delia. Allí el diálogo era vida, y la literatura, un resplandor que se hiciese respuesta.

Pablo tenía una hija, no mayor de dos años, que yo no conocía. El poeta creó su nombre, que pronunciado por él parecía sonar como una luz o brillar como una música. Allí está, retenido en su «Oda a Federico García Lorca», arropado entre los que le dejaron un rastro de intimidad en su vivir madrileño.



Un testimonio de Vicente Aleixandre

Con Pablo Neruda

Corrían las semanas y los meses. Eran ya los días en que Neruda preparaba la salida de su revista «Caballo verde para la poesía», que hallaría editor generoso en su amigo Manuel Altoguiri, el poeta y mágico impresor además, que daba a luz libros y revistas de poesía y paseaba su arte gráfica por el mundo. Aquel «Caballo» halló cuna en aquella linotipia y de allí arrancó, bajo la mano creadora de Pablo Neruda, para su deslumbradora carrera de unos pocos, pero decisivos números. Sólo la guerra civil española hubo de interrumpirla.

Vivía Pablo en un edificio que su paso por él ha hecho famoso, la Casa de las Flores». Siempre me instaba a que yo fuese a conocer a su niña. Por fin, un día convinimos en ir juntos aquella tarde a su residencia. Recuerdo a Pablo en la luz de primavera, su piel pálida, sus ojos detenidos en lo que miraban y que parecían querer a lo que veían. Nada era una realidad indiferente. Calle Princesa



arriba (entonces, Vicente Blasco Ibáñez), el esquinazo de Hilarión Eslava, aquel viejo, aquella rueda rauda... Y todo daba paso también, a veces, a algún sueño. Desfilaba en su voz pastosa su Java oriental como un paisaje submarino. El blanco, el rojo, el amarillo, el sepia, convocados, sonaban en los acentos emergidos, mientras el poeta Pablo pasaba por una calle madrileña que no se desmentía. Todo era ser y existir al mismo tiempo y sucesivamente.

Llegamos a una casa, aquí rosa, flores en las ventanas, persianas verdes.

El brillo era más suave, pero el sol no se negaba. Volvió la cabeza. El campo, inmediato entonces, sin edificación interpuesta, dejaba pasar el aire azul de la sierra. Todavía siento su aroma como un mensaje que hasta aquí llegaba. Nos envolvía y nos despedía a la puerta misma de la casa. Subimos unos escalones. «Pasa, Vicente.» Un salón, y Pablo desapareció. Enfrente, una amplia balconada, y en el fondo, un gran pedazo de enorme cielo. Salí a la terraza corrida y estrecha, como un camino hacia su final. En él Pablo, allá, se inclinaba sobre lo que parecía una cuna. Yo le veía lejos, mientras oía su voz. «Malva Marina», «¿me oyes?» «¡Ven, Vicente, ven! Mira qué maravilla. Mi niña. Lo más bonito del mundo.» Brotaban las palabras mientras yo me iba acercando. El me llamaba con la mano y miraba con felicidad hacia el fondo de aquella cuna. Todo él sonrisa dichosa, ciega dulzura de su voz gruesa, embobamiento del ser más ser. Llegué. El se irguió radiante, mientras me espiaba. «¡Mira, mira!» Yo me acerqué del todo y entonces el hondón de los encajes ofreció lo que contenía. Una enorme cabeza, una implaceable cabeza que hubiese devorado las facciones y fuese sólo eso: cabeza feroz, crecida sin piedad, sin interrupción, hasta perder su destino. Una criatura (¿lo era?) a la que no se podía mirar sin dolor. Un montón de materia en desorden. Blanco yo, levanté la vista, murmuré unos sonidos para quien los esperaba y conseguí una máscara de sonrisa. Pablo era luz, irradiaba irrealdad, sueño, y su ensoñación tenía la firmeza de la piedra, el orgullo de su alegría, el agradecimiento hacia un fruto celeste.

«Comprendí, pero no explico».

VICENTE ALEIXANDRE

En el décimo aniversario

La letra mata. Pero quizá no es cierto del todo si puede descubrirse, como en estas cartas primeras de Pablo Neruda a Albertina Rosa, un temblor juvenil, una ilusión palpitante, que el tiempo apagó sin dejarlos morir del todo. Cartas sin respuesta, que su destinatario fue conservando cuidadosamente, como un tesoro antiguo, toda la vida hasta sus ochenta años, en Santiago de Chile, cuando casi todo, la juventud, el amor, los años, el fervor y la esperanza, habían pasado.

Recordamos aquí los pasos iniciales de un poeta inmenso de nuestra lengua. Recuperamos a la vez el testimonio de un tiempo en que se escribían cartas de amor en papel oficial, poemas al dorso de guías de ferrocarriles, citas en tarjetas postales. El Banco Exterior de España tuvo en depósito estos documentos por orden de su propietaria. Al adquirirlos luego y presentarlos, lo hace con respeto hacia la figura histórica de Pablo Neruda, ahora que se cumple el décimo aniversario de su muerte.

La exposición es, así, el recuerdo de unos recuerdos. Al fin y al cabo, cualquiera de nosotros pudo haber escrito en una hora de nostalgia las mismas palabras de sus «Memorias»: «...me detengo, los ojos cerrados, enervado en un aroma de lejanía que yo mismo he ido conservando, en mi lucha pequeña contra la vida. Sólo he vivido ayer.»

FRANCISCO FERNANDEZ ORDOÑEZ
Presidente del Banco Exterior de España

